

MANUEL DOS

TEMORES
CRECIENTES



minotauro LABERINTO

TEMORES
CRECIENTES

MANUEL DOS

minotauro LABERINTO

Temores crecientes

© Manuel Dos, 2022

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1216-1

Depósito legal: B. 2.569-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Años atrás

Nadie sabe qué ocurre de madrugada cuando todos duermen. La habitación estaba cerrada. El silencio y la oscuridad suelen llevarse bien. La niña se llamaba Anabel y dormía en su cama. Había bajado la persiana casi por completo. Nadie podía ver su cara tensa y cubierta de sudor. La sombra de una pesadilla se cernía sobre ella y la escena no era nada apacible. La almohada estaba empapada. Ese fue el primer pensamiento que le vino a la mente cuando despertó. El segundo, que tenía mucha sed. También le dolía el estómago. Se maldijo a sí misma por haberse empeñado en merendar un chocolate a la taza con churros. Se sentía rara, pero solo tenía catorce años y todavía desconocía muchas cosas. Se llevó la mano derecha a la cabeza. Tenía el pelo mojado.

Encendió el flexo rojo que usaba como lamparita de noche y se levantó. Buscó sus zapatillas sin ningún éxito. No estaban en su sitio, a los pies de la cama. Sentía las baldosas frías como témpanos de hielo. Se frotó las mangas del camisón para darse calor. Sudaba y tiritaba al mismo tiempo. La fiebre había subido. Volvió a pensar en los churros con chocolate. Recordaba la merienda pero no lo que había pasado después. Quizá si bebiese un vaso de agua podría aclarar su mente. Tenía tanta sed.

El pasillo estaba a oscuras pero no quiso encender la luz. Llegó hasta la cocina sin hacer ruido. Abrió el frigorífico y sacó

una botella de agua. Seguía a oscuras pero sabía dónde encontrar las cosas. Llenó el vaso hasta arriba y se lo bebió. Se sirvió otro y luego otro más. Cuando terminó el último dejó caer el vaso. Fue un golpe sordo, los añicos de cristal invadieron el suelo. Al pisarlos, las plantas de sus pies empezaron a sangrar, pero no le importó porque estaba a punto de recordar algo. Necesitaba saber qué había pasado después de la merienda. Quería a toda costa llenar ese vacío. El malestar que sentía se mezclaba con el deseo. Permaneció de pie en medio de la cocina pensando, tratando de recordar. El cuerpo tensionado, a punto de atrapar un pensamiento, una sombra oscura, pero fracasó. El vacío seguía allí. Se esforzó tanto por llenarlo que sin poder evitarlo empezó a mearse encima. El pis se deslizó por sus piernas hasta mezclarse con el pequeño charco de sangre que se formaba a sus pies. Lo siguiente que pensó fue que no recordaba ni su propio nombre.

Se dirigió hasta el banco de la cocina. Abrió un cajón y escogió el cuchillo más grande. De hoja ancha y curva. Aferró el mango con la mano derecha y desapareció en dirección al pasillo. La casa seguía a oscuras. Abrió la primera puerta que se encontró y resultó ser un baño. Continuó caminando hasta la puerta siguiente. Salía un hilo de luz por debajo. Al abrirla descubrió que era una habitación vacía con la cama deshecha y un flexo rojo encendido. Sobre las paredes había un par de carteles. «De un país en llamas», ponía en uno de ellos. Cerró la puerta y siguió avanzando por el pasillo. Sus pies dejaban un rastro de sangre. Algunos trozos de cristal seguían allí incrustados y a cada paso que daba se hundían un poco más en la carne.

Se detuvo delante de la tercera puerta. La abrió sin dificultad. En medio de la oscuridad se filtraba por la ventana un claro de luna que permitía ver la estancia. Una cama de matrimonio en la que dormían un hombre y una mujer. Permaneció de pie en el vano de la puerta observándolos. Tenía el brazo con el que agarraba el cuchillo pegado a la pierna. Hasta ella llegó un olor desagradable. Miró en dirección a un rincón de la habitación y descubrió que había alguien allí, una figura con el rostro

pegado a la pared. Las espaldas rígidas. El abrigo negro le llegaba casi hasta los pies.

Entonces la mujer despertó. Dijo: «Anabel». Había miedo en su voz. Pero la niña no respondió ni se movió un centímetro de donde estaba. Ni siquiera sabía que se dirigía a ella. La mujer despertó al hombre. También él pronunció aquel nombre: «Anabel».

La mujer fue la primera en abandonar la cama. Al encender la luz vio la sangre en los pies y empezó a gritar. Entonces el hombre le ordenó que no se acercase a la niña, pero no sirvió de nada. La mujer se disponía a abrazarla cuando un cuchillo se clavó en su garganta. Sus palabras se convirtieron en un gorgoteo incomprensible que continuó incluso cuando su cuerpo cayó al suelo. La niña miró al hombre con la expresión vacía. Levantó el brazo con el que blandía el cuchillo pero detuvo el gesto y volvió a dejarlo en su posición original. El rostro del hombre adquirió un color sanguíneo, como si estuviera a punto de explotar. Los ojos inundados de ira. Volvió a gritar el nombre de la niña pero las palabras se transformaron en un lamento incomprensible. Su expresión era la de un loco. Luego se hizo el silencio. La niña seguía sin reaccionar. En el rincón las espaldas se agitaban como si trataran de sofocar un ataque de risa. El hombre pudo verlas con claridad. También el cadáver de su mujer. Luego fijó la mirada en la pequeña y concentró en ella toda su furia. Una fuerza desconocida repelió su figura infantil con violencia. Su cuerpo salió despedido como un proyectil, atravesó el cristal de la ventana y se precipitó al vacío. Le esperaba una caída de quince pisos. Nadie sabe qué ocurre de madrugada cuando todos duermen.

Primera parte
Cuidado con lo que deseas

1

—Te pareces a Margot Kidder.

Ana estaba apoyada en un coche leyendo una novela de Wilkie Collins, una vieja edición de bolsillo de *La piedra lunar*. Despegó la vista de la página y observó al chico.

—¿Te refieres a la Margot Kidder de *Superman* o a la Margot Kidder de *Sisters*?

El chico meditó la respuesta durante unos segundos.

—Pensaba más bien en la de *Black Christmas*.

El comentario consiguió arrancar una sonrisa de aquel rostro habitualmente serio.

—¿Cómo te llamas?

—Jon.

—Me gustas, Jon, pero te diré una cosa: déjame en paz.

El chico no añadió nada más. Conocía el carácter hosco de la muchacha y sabía que más le valía no insistir. Sonrió, le dio la espalda y se alejó caminando calle arriba.

Ana volvió a concentrarse en la lectura. Seguían saliendo alumnos rezagados del instituto. Eran las tres y cuarto de la tarde y las puertas no tardarían en cerrarse. Terminó el capítulo y cuando se disponía a empezar el siguiente apareció Alba. Caminaba con movimientos sinuosos, acentuados por la cantidad de curvas que atesoraba su fisonomía de *pin-up*. Llevaba sus Ray-Ban modelo era atómica y un ceñido vestido negro de una

pieza. Su generoso pecho se movía de un lado a otro y sus anchas caderas se contoneaban al ritmo de una línea de bajo imaginaria que solo ella podía oír.

—Tengo hambre —dijo cuando se encontró frente a su amiga.

—¿McDonald's?

—Hace un día más de Kentucky.

—Demasiado lejos. Y con este calor...

Caminaron hasta el McDonald's de Gran de Gràcia. A aquellas horas estaba bastante tranquilo, libre de elementos impuros. Hicieron el pedido en la máquina y una vez tuvieron su bandeja se sentaron en su sitio habitual, en una amplia mesa redonda junto a la entrada.

—¿Qué quería esta vez? —le preguntó Ana antes de morder su hamburguesa.

Alba negó con la cabeza, como queriendo quitarle importancia.

—Lo de siempre, que faltó mucho a clase. Como si eso importara ahora.

—Es una pesada.

—Todo es una pesadez, ¿no te parece?

Se trataba de una pregunta retórica. Ambas sabían perfectamente que TODO era una pesadez: el instituto, la estupidez de sus compañeros, la nula imaginación de los profesores, la jefa de estudios, los sermones después de clase.

—No todo es malo —dijo Ana tras dar un largo sorbo a su coca-cola.

Alba pareció sorprendida por el comentario de su amiga y le dirigió una mirada interrogativa por encima del puente de sus Ray-Ban.

—¿Y eso?

—Un chico me ha dicho que me parezco a Margot Kidder. Ahora Alba estaba sorprendida de verdad.

—La Margot Kidder de *Black Christmas*.

—¿En serio? ¿Desde cuándo hay vida inteligente en nuestro instituto?

—Se llama Jon.

—¿Jon? ¿El que lleva camisetas de Debbie Harry y siempre mira al suelo?

—Es verdad, siempre mira al suelo.

—Es marica —dijo Alba.

—Por supuesto, y muy mono —añadió Ana retomando su hamburguesa.

Cuando salieron del McDonald's el sol seguía castigando desde lo más alto. Daba la impresión de que en la calle no había más gente que la estrictamente necesaria. Los comercios que cerraban al mediodía aún no habían abierto sus puertas, y, pese a tratarse de un barrio céntrico, los ritmos parecían apagados, por no decir mortecinos. El mes de mayo estaba siendo cálido como un mes de julio, algo sorprendente que llevaba a cualquiera a preguntarse qué podíamos esperar para el verdadero mes de julio.

—Odio el calor —dijo Ana deteniéndose en el portal de su casa.

Alba estaba fumando un cigarro y no prestó atención al comentario de su amiga. Observaba su reflejo en la cristalera de un local vacío y corregía su peinado de abundantes rizos rubios.

—Yo también, Morticia.

—¿Tú también qué?

—Lo que sea.

Ana puso la llave en la puerta y le preguntó si quería subir.

—Claro —respondió Alba dando por terminados sus retoques y apagando la colilla con el tacón derecho.

—Aviso, probablemente mi madre esté en casa.

—Sabes que no me importa.

—A mí sí —murmuró Ana para sí misma.

El ascensor llegó hasta el séptimo piso y se detuvo aparatadamente. El edificio era viejo y necesitaba una rehabilitación integral. Al abrir la puerta se oyó el sonido de risas que provenían del interior.

—Mierda —dijo Ana—. Y no está sola.

A su entender solo podía haber algo peor que tener a su madre en casa a aquella hora tan temprana: que estuviera acompañada. Ana sentía escasa simpatía por su madre pero, menos aún, por sus amistades, a quienes encontraba esnobs, afectadas y pedantes. En definitiva, muy en sintonía con su madre.

—Qué coñazo, están en el salón.

Eso significaba que no tenían escapatoria. Debían atravesar aquella ruidosa reunión y saludar educadamente como buenas chicas. Como venía siendo habitual en aquellos casos, Ana delegó en su amiga las labores de cortesía y comunicación. Sus habilidades sociales eran infinitamente superiores a las de ella. Además de Julia, su madre, en torno a la gran mesa de café que presidía aquel rincón del amplio salón, había un pequeño grupo de tres personas cuyos rostros resultaban sobradamente familiares para Ana. Uno de ellos era Rafa, el *community manager* de la revista para la que trabajaba su madre. No tenía más de treinta años y era alto, delgado, guapo de una manera convencional si el canon estético oficial te parece una buena opción. Llevaba una tupida barba recortada con tijera por una mano experta, y todo en él se esforzaba por transmitir una discreta idea de elegancia. A su madre le encantaba rodearse de homosexuales con talento. Era algo que Ana tenía asumido. Le subían la autoestima —eran unos aduladores de primera— y para ella eran terriblemente divertidos. «¿No es genial?», solía decir cada vez que le contaba la anécdota de turno sobre Rafa. A Ana no le parecía tan genial, pero en cualquier caso prefería a Rafa antes que a las otras dos personas que se encontraban en aquella reunión: Vincent, un fotógrafo *freelance* habitual de aquellas veladas —siempre a la espera de nuevos proyectos, muchos de ellos derivados de la revista para la que trabajaba Julia—, y Marcia, su novia norteamericana. En opinión de Ana, eran tal para cual, estirados, engreídos y petulantes. Se las daban de cosmopolitas y todo lo encontraban ordinario. Ana hubiera podido suscribir esa visión del mundo, pero desde luego no de aquella forma. Vincent tenía una risa de comadreja,

fácil pero nunca contagiosa, desagradable como el sonido de la tiza arañando la pizarra. Su novia Marcia trabajaba en el hotel Majestic como relaciones públicas. Todo en ella parecía robótico. Sonreía todo el tiempo. Cuando uno estaba ante ella, sus labios se tensaban como un arco olímpico a punto de disparar. Si alguien le hubiera preguntado a Ana su opinión sobre aquel pequeño grupo, hubiera respondido que todo resultaba ligeramente nauseabundo.

—Hola, mamá.

La conversación se interrumpió y también las risas. Las cuatro personas allí reunidas observaron con interés a aquel par de chicas. Ana y Alba. Las mejores amigas. Vincent y Marcia escanearon con la mirada la voluptuosa figura de Alba sin disimulo ninguno. Rafa se incorporó como si hubiese sido propulsado de su asiento por un muelle invisible y se dispuso a besar a cada una de ellas. Los demás permanecieron sentados sin dejar de sonreír. De un vistazo, Ana comprendió que el *petit comité* se hallaba ocupado en regar la sobremesa con gin-tonics. Las risas tenían un claro deje alcohólico.

Tal y como Ana esperaba, Alba se ocupó de todo. Respondió a las preguntas de rigor. «Así es, el curso está a punto de terminar». «Estamos impacientes por empezar la universidad». «En efecto, las mejores de nuestra promoción». «Guapas y estudiosas, tú lo has dicho, Rafa, nos encanta gustar pero también cultivar nuestro interior». «No, Marcia, no llevo tatuajes, pero espero hacerme uno en cuanto cumpla dieciocho años». «Lo creas o no, Vincent, aún no los tengo, pero no desesperes, los cumpliré en un par de meses».

Julia se mostró complacida por el aplomo y la simpatía de Alba, pero no pudo evitar dirigir una furtiva mirada de reprobación a su hija, que asistía a la escena como si no tuviera nada que ver con ella. Con algo de trabajo consiguieron escapar de aquel bucle verbal de lugares comunes y llegar hasta la habitación. Como el resto del piso, la habitación no estaba nada mal. Espaciosa, de techos altos y grandes ventanales por los que se filtraba el sol de la tarde. El conjunto resultaba vagamente im-

personal, de ningún modo parecía la habitación de una adolescente. Las paredes estaban desnudas a excepción de un espejo oval de cuerpo entero y un pequeño mural en construcción alimentado por fotografías de los ídolos particulares de Ana. Las imágenes se aglomeraban conformando una especie de árbol en pleno crecimiento por el que discurrían los rostros de escritoras como Shirley Jackson, Daphne du Maurier, Virginia Woolf o Patricia Highsmith y muchos otros de cantantes o actrices de tiempos pasados como Joan Jett o Barbara Steele. El único hombre se encontraba en la cúspide del árbol, uno de los retratos más conocidos de Edgar Allan Poe.

Alba se acercó a una de las fotografías y la estudió con detenimiento. Su dedo índice recorrió el contorno del rostro de una mujer de mediana edad en blanco y negro, con los ojos saltones y una mirada franca sombreada por unas notas de incredulidad. Llevaba un corte de pelo típicamente setentero y una blusa con un estampado de formas psicodélicas.

—¿Quién es? —preguntó Alba señalando el perfil de su llamativa nariz, asimétrica y notable, al estilo de una caricatura.

—Betty Friedan.

—¿Qué hizo?

—Escribió sobre el malestar de las mujeres.

—Interesante. A menudo tengo dolores de tripa.

Ana se desplomó sobre su enorme cama y no añadió nada más. Le hubiera gustado contarle a Alba más cosas sobre Betty Friedan, pero en su lugar permaneció en silencio mirando al techo. Las vigas parecían sólidas y la serie de arcos que se formaban entre ellas le hizo pensar en olas, en una suerte de oleaje estático que la ayudaba a caer en un agradable sopor. Estaba cansada y aburrida. No le apetecía hablar. Cerró los ojos y trató de no pensar en nada. Oyó a Alba trastear por la habitación. Una canción empezó a sonar en el equipo de música. Las primeras notas del *Rhiannon* de Fleetwood Mac llenaron aquel espacio diáfano y apagaron el eco de las risas que llegaban desde el pasillo. Alba se tumbó en la cama junto a su amiga y la tomó de la mano.

—Creo que podría quedarme dormida —dijo apagando un bostezo.

Ana suspiró. Ladeó su rostro hacia el de Alba y permaneció en silencio observándola. Sus miradas se encontraron. No había mucho que añadir. La voz de Stevie Nicks las envolvía y se preguntaba si te quedarías si *ella* —la deidad Rhiannon— te prometiese el cielo. Ana no lo dudaba, por supuesto que se quedaría junto a ella. ¿Acaso había algo mejor que hacer? El curso estaba a punto de terminar y las perspectivas de que algo mejorara parecían escasas.

La canción terminó y empezó la siguiente, *Don't Stop*. Alba alzó la mano de Ana con la suya y enredó sus dedos con los de ella. Sabía que su amiga lo estaba pasando mal, pero también, que nada saldría de su boca. A Ana le costaba sacar todo aquello que llevaba adentro y ni siquiera se permitía abrirse en presencia de su única amiga. Había algo que las unía, las dos estaban solas en el mundo, pero también había algo que las separaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó de todos modos.

Pero Ana no respondió. Se limitó a apartarse un mechón de pelo oscuro de la frente. En sus ojos había un brillo que lo mismo podía anunciar un episodio de llanto que cansancio extremo. Alba se llevó la mano de Ana a los labios y la besó. Sus cuerpos se acercaron y se acoplaron en un abrazo. La pausa entre canción y canción les devolvió el eco de unas risas próximas y lejanas al mismo tiempo. El sol seguía filtrándose por los cristales y el ambiente de la habitación empezaba a resultar asfixiante. Permanecieron así durante bastante tiempo, hasta que Alba comprendió que Ana se había dormido. Su cabeza descansaba sobre su brazo izquierdo en una posición incómoda, sentía un hormigueo en las yemas de los dedos que anunciaba que su mano estaba a punto de dormirse. No había posibilidad de retirarla suavemente y, pese a todo, prefería amputarse el brazo antes que perturbar su sueño.